



La victoria española en San Quintín, de la que el cardenal Granvelle da repetida cuenta en su correspondencia otoñal del año 1557 (cfr. RB II/2549), forzó un nuevo orden en Europa que quedaría ratificado por el tratado de paz de Cateau-Cambrésis [Haan 2010]. España, a costa de Francia, se alzaba con una hegemonía política y territorial que duraría un siglo, hasta que un nuevo tratado de paz, el de los Pirineos (7 de noviembre de 1659) revirtiera la situación.

En Cateau-Cambrésis la alianza acordada el 2 de abril de 1559 implicaba a España, a Francia y a Inglaterra. Las conversaciones de paz se iniciaron en la abadía de Cercamp aunque acabarían trasladándose al castillo de la población que dio nombre al tratado. Los representantes de Francia e Inglaterra aceptaron que Calais, en manos inglesas, volviera a la corona francesa durante un periodo de ocho años. Cumplido el plazo, de no ser devuelta la ciudad a Inglaterra, Francia se comprometía a pagar 500.000 escudos de oro en compensación.

A su vez, Felipe II devolvía a la corona francesa las plazas conquistadas apenas dos años antes de San Quintín, Ham y Châtelet, además de Toul, Verdún y el obispado de Metz. Los franceses debían restituir distintas poblaciones ocupadas en Flandes y renunciaban a sus intereses en Italia: Saboya y Piamonte se devolvían a la casa de Saboya, Córcega pasaba a ser jurisdicción de Génova y el Monferrato acababa en manos de la casa de Mantua. España retenía asimismo el Franco Condado. Por lo demás, ambas coronas, la española y la francesa, se comprometían a combatir juntas la herejía protestante y a reforzar sus lazos afectivos con el matrimonio de dos familiares directas del rey Enrique II, una hermana y una hija, con el duque Emmanuele Filiberto de Saboya y con Felipe II respectivamente.

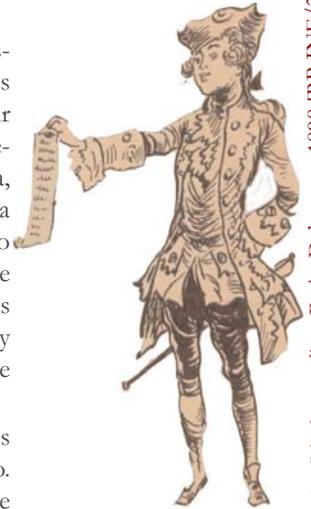
En un ambiente de voluntariosa cordialidad se negociaron las paces y se celebraron festejos que debían ratificar el nuevo entendimiento. La única sombra en todo el proceso surgió, precisamente, de una de las ceremonias festivas más sonadas de cuantas se celebraron aquel año: el rey francés, durante su participación en un torneo que era parte de los festejos públicos con motivo de la boda de su hija Isabel con el rey Felipe II, resultó fatalmente herido en un ojo por su capitán de la guardia Gabriel I de Montgomery. La herida empeoró y aunque el cirujano tuvo el atroz privilegio de reproducir la lanzada en varios condenados a muerte para ensanchar el campo de experimentación en la cura, no pudo salvar al rey. El propio Felipe II hizo viajar a Andrés Vesalio desde Bruselas a la corte de París pero el prestigioso médico llegó demasiado tarde.

La validación del tratado de paz de Cateau-Cambrésis firmado en abril, exigía la puesta en escena de diversas formalidades, entre ellas un juramento solemne por parte de S. M. Católica y del rey Cristianísimo que ratificara lo acordado. El aparato de representación desplegado por los dos

monarcas para escenificar el acuerdo fue muy notable y tanto la corte como el ejército y la iglesia hallaron una ocasión solemne de darse a ver a través de un selectísimo plantel elegido por los propios monarcas como representación de su persona en los juramentos hechos en Bruselas y en París. A la solemnidad del acuerdo se sumaron los festejos derivados de las dos bodas vinculadas a la paz recién firmada, las cuales se celebraron pocos días después de las ratificaciones. Aparte de la documentación oficial derivada del proceso -cartas y capitulaciones, compromisos y juramentos reglamentados- las propias ceremonias cortesanas alcanzan el valor de fuentes historiográficas que permiten conocer y recrear algunos matices que la documentación archivística no suministra. El profesor Bouza [2000: 156] nos advierte de la existencia de una «cultura política europea que solemnizaba en espectáculos y ceremonias tanto los sucesos de sus príncipes como la propia existencia de las comunidades que estos regían». Los mismos espacios donde se desarrollaban las ceremonias, desde la cámara a la capilla pasando por los escenarios de la fiesta, tampoco carecen de valor a la hora de documentar hábitos e intenciones. Se trata, al cabo, de «una geometría, parlante como algunas arquitecturas, que revela la jerarquía permitiendo ver inasibles lazos de dependencia difícilmente perceptibles de otro modo; es, también, una confrontación de fuerzas en la que la reputación alcanzada se demuestra en los lugares que se ocupan junto al rey» [Bouza 2000: 160].

Buena prueba de todo ello es una minuta que Granvelle envió al secretario Juan Vázquez de Molina un 20 de junio de 1559 en la que describe brevemente el recibimiento y la peripecia de la legación española en viaje hacia París para asistir al juramento de las capitulaciones de paz que debía hacer Enrique II tras la firma previa de Felipe II. Pero antes de llegar a esa letra, que es inédita, vale la pena repasar los acontecimientos que dieron pie a tantas cortesías y ceremonias como las que comprometían un tratado que habría de durar cien años. La propia correspondencia del cardenal Granvelle nos sirve de guía.

En mayo de 1559, una comitiva francesa se desplazó a Bruselas para asistir al juramento de Felipe II. El cardenal Granvelle ofició una misa como parte de la ceremonia y en una carta al cardenal de Sigüenza, Pedro Pacheco de Villena, refiere brevemente quiénes asistieron en representación del rey francés:



Louis Morin, *L'enfant prodigue*. Paris: Delagrave, 1898 [RB INF /3144]

AVISOS

NOTICIAS DE LA REAL BIBLIOTECA, AÑO XXVII, NÚM. 94 (MAYO - AGOSTO, 2021)

NIPO: 093-21-002-2 · DEPÓSITO LEGAL:M-1496-1996

A 15 deste, haviendo yo dicho missa solemne en la capilla de palacio, juró su Magestad en mis manos la paz en presencia del cardenal de Lorrena [Charles de Lorraine-Guise], el mareschal de Sant Andrés [Jacques d'Albon de Saint-André, marqués de Fronsac] y del obispo d'Orleans [Jean de Morvilliers], que estavan allí para verla jurar. [II/2320, f. 11r-v:

Minuta de Granvelle al cardenal de Sigüenza (Bruselas, 28/05/1559)].

Por parte española, la delegación que debía adentrarse en suelo francés para asistir al juramento correspondiente de Enrique II contaba también con nombres señalados. El rey francés había ofrecido un listado de diez nombres de los que Felipe II escogió a los que debían representarle. Granvelle, en la misma carta que dirigió al cardenal de Sigüenza, los menciona y deja entrever también el clima de confianza que se había establecido entre ambas coronas, hasta el punto de que el rey francés llama «hijo» al rey de España teniendo en cuenta que pronto será su yerno:

Han nombrado por rehenes para que vayan de nuestra parte a Francia el duque d'Alva, el príncipe d'Orange [Willem van Nassau], el conde de Feria [Gómez Suárez de Figueroa] y el conde d'Aigmont [Lamoral d'Egmont]. Y habiendo su Magestad escusado al conde de Feria diciendo que no podría yr por hallarse en Inglaterra y que se nombraría otro en su lugar, se han contentado de los tres, y que sin ellos se fiaría el rey su amo de nuestro rey su hijo, y que luego que nuestros rehenes que han de partir para yr a Francia a primero del que viene lleguen a Perona [Péronne], restituirán todo lo de acá y después lo de Italia, adonde se escribe a nuestros ministros que luego que [los] franceses hayan restituido allá, restituyan ellos también sin aguardar otra consulta de aquí. [II/2320, f. 11r-v: Minuta de Granvelle al cardenal de Sigüenza (Bruselas, 28/05/1559)].

Tanto franceses como españoles acudieron con regalos y acompañados de un notable séquito: solo el conde de Egmont iba escoltado por una treintena de gentileshombres; el duque de Alba sumaba a su comitiva, nutrida de numerosos miembros de la casa de Toledo, no menos de trescientos caballos. El juramento en suelo francés iba asociado también a dos conciertos matrimoniales que debían fortalecer los vínculos amistosos de las dos monarquías: el duque de Saboya, Emmanuele Filiberto, se casaba con Margarita de Francia, duquesa de Berry y hermana de Enrique II, y el rey Felipe con Isabel de Valois, hija del rey de Francia.

Para demostrar la buena voluntad de ambas partes en el juramento, los representantes españoles tenían la consideración de rehenes en tanto no se realizara la devolución. La cortesía, pues, obligaba a la celeridad de las negociaciones para salir de esa condición siquiera simbólica. Mas a pesar de la buena voluntad latente entre las dos monarquías, el paso de los días sin noticias sobre la restitución de plazas, daba para alertar algunas suspicacias, incluidas las del cardenal Granvelle:

El duque de Savoya partió ayer muy lucido con su compañía pero pudiérase hazer este viage, a mi parecer, tanto bien a menos costa. No hay nueva ahún que hayan restituydo ni Marie[n]bourg ny Theonville [Thionville] ny otra cosa. Espero que lo harán, mas yo no saliera de aquí si fuera el duque de Savoya sin verlo hecho. [II/2320, fol. 82v: Minuta de Granvelle al duque de Alba (Bruselas, 16-VI-1559)].

A pesar de estos recelos, el deseo común de los dos bandos por concertarse aflora en numerosos pasajes de la correspondencia. El accidente y la muerte posterior de Enrique II siembra las alarmas por si el nuevo rey, su hijo Franciso, no tuviera la misma disposición que el padre y en ese periodo de desconcierto, apreciable en la correspondencia, se trabaja para que el trato entre las dos monarquías sea exquisito. Un ejemplo evidente de estos primores son dos minutas del cardenal fechadas el mismo día, un 14 de julio de 1559. En ambas se pide al duque de Sessa y a Francisco de Ibarra que se rebaje el rescate que se quiere cobrar por el señor de la Roche, caballero francés que cuenta con la protección de Anne de Montmorency, condestable de Francia. El cardenal es claro en el requerimiento al demandar la rebaja de una cifra que en Francia consideraban excesiva y le confiesa al duque de Sessa que obra así «por satisfacer al condestable y a otros que me han rogado» [II/2320, fol. 71r-v]. Con Ibarra, el tono tiene más de exigencia que de buena voluntad porque el cardenal requiere que el rescate se acomode a «lo que se conversó de los presos entre el duque de Savoya y el mareschal de Sant Andrés [Jacques d'Albon de Saint-André, marqués de Fronsac], confirmado y ratificado por sus magestades» [II/2320, fols. 71r-v, 72r].

La estancia de los rehenes españoles se prolongó durante varias semanas de junio. Especialmente ocupado estuvo el duque de Alba que a su condición de testigo del juramento hubo de añadir la de representante matrimonial de Felipe II, ya que el compromiso fue «por palabras». Una carta que le envió Granvelle el 16 de junio de 1559 nos permite saber que el propio cardenal tuvo su parte en las negociaciones y que tradujo al francés la resolución de Su Magestad:

V[uestra] e[xc]celencia verá la forma de capítulos matrimoniales que el embajador de Francia [Sébastien de l'Aubespine] ha dado, embiándosele como dize de allá para que antes que se haga el matrimonio por palabras, de presente se passen y concluyan por v. e. con el rey de Francia. Lo que sobre ello ha parecido verá v. e. por un breve scripto que yo he hecho en francés de la resolución de Su Magestad, la qual le ha firmado de su mano y ha mandádome que con esta mi carta se lo embiasse, y también yrá el poder de Su Magestad para que v. e. válidamente lo pueda hazer, y la patente para que si lo que, Dios no quiera, el rey nuestro amo premuriese, pueda la Reyna Elisabet retirarse en Francia y gozar sus arras [II/2320, fol. 82r-v: Minuta de Granvelle al duque de Alba (Bruselas, 16-VI-1559)].

Para cerrar estas noticias derivadas de la ratificación de la paz de Cateau-Cambrésis, publicamos el fragmento correspondiente a la llegada a París de los rehenes españoles según consta en una minuta del cardenal al secretario Juan Vázquez de Molina. En los párrafos que preceden a este relato apresurado pero noticioso, Granvelle había incluido una referencia a su hermano Thomas Perrenot, recién nombrado embajador en Francia, otra al condestable de Castilla, Pedro Fernández de Velasco, a quien procura favorecer en un negocio particular, y una tercera al auto de fe celebrado en Valladolid el 21 de mayo de 1559, rigor que el cardenal juzga «de gran exemplo» y que servirá de «gran miedo y espanto» a los enemigos de la religión.

MINUTA DE ANTOINE PERRENOT DE GRANVELLE, OBISPO DE ARRAS, A JUAN VÁZQUEZ [DE MOLINA].

(Bruselas, 20 de junio, 1559). II/2320, fols. 42r-43v

[fol. 42v] [Los] franceses muestran hasta agora muy gran gana de querer llevar adelante lo de la paz. Nuestros rehenes están ya en París. El almirante de Francia [Gaspard de Châtillon, señor de Coligny] les salió adelante hasta la frontera y les acompañó hasta

Cleremont [Clermont de l'Oise], donde le dexaron algo indispuesto. De allí fueron a una casa del conestable [Anne de Montmorency] que se llama Chantili [Chantilly, Oise], donde les rescibió el señor de Montmorency [Henri I de Montmorency, conde de Damville], hijo del dicho condestable, con cartas de creencia del rey su amo [Enrique II] y les festejó y banqueteo en compañía de la mujer del conestable [Madeleine de Savoie] y su nuera, madame de Montmorency [Dianne de France, duquesa de Angoulême y Étampes], hija bastarda del rey de Francia, mujer que fue del duque Oracio Farnesio [duque de Castro]. Desde allí fueron al día siguiente a otra casa del dicho conestable, llamada Escovan [Écouen], donde les recibió y festejó otro hijo suyo, el señor de Dampville [Charles de Montmorency-Damville]. Desde allí se fueron a San Denis, donde les recogió, aposentó y festejó el cardenal de Lorrena [Charles de Lorraine-Guise]. Después otro día fueron a París, donde les salió a recibir hasta fuera de la villa con muy gran compañía el duque de Lorrena [Charles III de Lorraine] acompañado del príncipe de Ferrara [Ercole II d'Este], del gran prior de Francia [François I de Lorraine, II duque de Guise] y de otros muchos señores y cavalleros, y luego, en otro tropel, el duque de Nemeurs [Jacques de Savoie-Nemours] con buena compañía, con los cuales entraron en París y se fueron a apea en palacio, donde les aguardaba el rey en una gran sala con el conestable de Francia, el cardenal de Lorrena, el de Guisa [Louis I de Lorraine] y otros muchos personajes. Y les salió a recibir el rey dalfín [Francisco II] hasta media escalera y después el rey mesmo de Francia hasta al cabo de la subida, y de allí les llevó en su carroza donde fueron también recibidos de los tres /// [rotura de hoja con pérdida de texto], [fol. 43r] recibió con mucho amor y cortesía y se hizieron de una parte y de otra los cumplimientos y ceremonias acostumbrados, mostrando el rey de Francia mucha gana y desseo de continuar y observar la paz y toda buena correspondencia y amistad con el rey nuestro señor su hierno. Y por nuestros rehenes se le certificó también que se haría y desseava hazer lo mesmo por parte de Su Magestad.

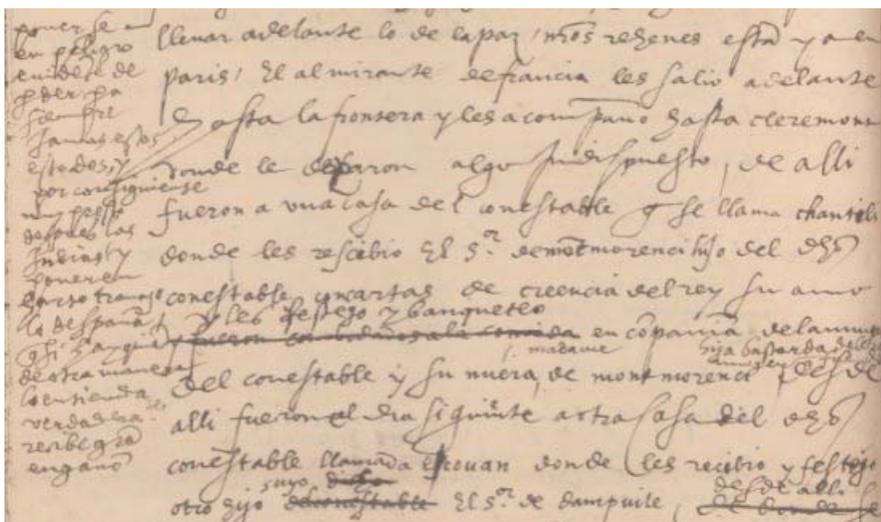


Fig. 1: Detalle de II/2320, fol. 42v

Acabada esta plática fueron a otra sala donde hallaron la reyna de Francia [Catalina de Medici], acompañada de la reyna delphina [María I de Escocia], de la duquesa de Lorrena [Ana d'Este], de madama Elisabeht [Isabel de Valois], de su hermana la pequeña [Margarita de Valois] y de madama Margarita de Francia y de muchas otras damas y damyselas a las cuales hizieron también la reverencia y los cumplimientos debidos. Después de todo esto fueron el cardenal de Lorrena y el conestable de Francia, el mareschal de Sant Andres [Jacques d'Albon de Saint-André, marqués de Fronsac], el obispo d'Orleans [Jean de Morvilliers] y el secretario Laubespine [Claude de l'Aubespine, barón de Châteauneuf] a hallar nuestros rehenes en la posada del duque d'Alva [Fernando Álvarez de Toledo]. Y tomando la palabra el conestable, después de muchos cumplimientos y afirmaciones de la voluntad del rey su amo, vino a decir la orden que tenían dada para la restitución de las plaças assí en estas partes como en Italia. Y se concertó que el juramento que el rey de Francia ha de hazer de la paz en presencia de nuestros deputados se hiziesse el domingo pasado en la iglesia mayor y que el rey les combidava aquel día a comer con él, y que el jueves siguiente [fol. 43v] se podría hazer el casamiento de nuestro rey [con Isabel de Valois] y el otro domingo después el del duque de Saboya [Emmanuele Filiberto con Marguerite de France, duquesa de Berry]. Aquí han ya restituido Marie[n]burg y el conde de Mansfeld [Peter Ernst von Mansfeld] ha scripto que había recebido cartas del gobernador de Champagne [François I de Clèves, duque de Nevers] en que le decía que tenía a punto todas cosas para la restitución de Theonvile [Thionville], Dampville [Damvillers], Montmedi [Montmédy] y otras plaças de aquel gobierno, y que él yva allá para recibirlas. Y assí esperamos cada hora nuevas de que se haya hecho la restitución y también de lo de Italia.

Guarde etc.

De Brussellas a 20 de junio, 1559.

REFERENCIAS

- BOUZA, Fernando, «El espacio en las fiestas y en las ceremonias de corte. Lo cortesano como dimensión» en *La fiesta en la Europa de Carlos V*, [Madrid], Sociedad Estatal para la Conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 155-173.
- HAAN, B., *Une paix pour l'éternité. La négociation du traité du Cateau-Cambrésis*, Madrid, Casa de Velázquez, 2010.